

## REFLEXIONES SOBRE LA MEJORA GENÉTICA HUMANA

A PROPÓSITO DEL LIBRO DE J. SANMARTÍN  
*LOS NUEVOS REDENTORES. REFLEXIONES SOBRE  
LA INGENIERÍA GENÉTICA, LA SOCIOBIOLOGÍA  
Y EL MUNDO FELIZ QUE NOS PROMETEN*

REFLECTIONS ON HUMAN GENETIC ENHANCEMENT  
IN THE BOOK BY J. SANMARTÍN *LOS NUEVOS REDENTORES.  
REFLEXIONES SOBRE LA INGENIERÍA GENÉTICA,  
LA SOCIOBIOLOGÍA Y EL MUNDO FELIZ QUE NOS PROMETEN*

*José Alfredo Peris Cancio<sup>a</sup>*

*Resumen:* La obra del profesor Sanmartín *Los nuevos redentores* mantiene plenamente su actualidad y vigencia. El estilo con el que está escrita favorece plenamente el debate social sobre la ciencia y su servicio al verdadero desarrollo humano. El autor dialoga continuamente con el lector y le interpela con las preguntas que él mismo se hace. Así cultiva el género de la conversación sobre la ciencia, que aparece como el más conveniente para evaluar éticamente la ciencia, sin ceder a ningún tipo de simplismo ni de prejuicio ante ella. El contenido más urgente que revisar es el imaginario antropológico con el que se pretendía desarrollar la ciencia a finales del siglo pasado y en la actualidad. Una *antropología tremebunda*, unida a una sociobiología al dictado del imperialismo de los genes sobre la conducta, ha venido siendo presentada como la prueba irrefutable de que el ser humano necesita ser redimido por la tecnología científica. Por la ingeniería genética, el hombre debía acabar imponiéndose al modelo de la máquina como garantía del verdadero progreso. Un eslogan compartido por el transhumanismo de nuestros días. Pero el ser humano, advierte Sanmartín, ni es heredero

<sup>a</sup> Profesor de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir. Calle Guillem de Castro, 94. 46001 Valencia. España.

E-mail: josealfredo.peris@ucv.es



de una antropología cruel, ni vive aislado en una burbuja sin influjo del ambiente histórico y del contexto social, ni es pura materia pasiva que pueda ser manipulada con la excusa de mejoras. Solo una educación adecuada, que tome de la ciencia lo que tiene que tomar, pero que parta de los fundamentos antropológicos más sólidos y contrastados, podrá apuntar a un futuro a la altura de la dignidad humana, de la familia humana y de cada persona.

*Palabras clave:* ciencia, tecnología, técnica, ingeniería genética, sociobiología, agresividad, antropología, progreso, evaluación de la ciencia, azar, evolucionismo, educación, desarrollo humano.

*Abstract:* The work of Professor Sanmartín *Los nuevos redentores* fully upholds its present and relevance. The style with which it is written fully favors the social debate about science and its service to true human development. The author talks continuously with the reader and challenges him with the questions he asks himself. Thus cultivates the genre of conversation about science, which appears as the most convenient to ethically evaluate science, without yielding to any kind of simplicity or prejudice to it. The most urgent content to review is the anthropological imaginary with which it was intended to develop science at the end of the last century and today. A *tremendous anthropology*, linked to a sociobiology to the dictation of the imperialism of genes over behavior, has been presented as the irrefutable evidence that the human being needs to be redeemed by scientific technology. For genetic engineering. Man to the model of the machine should end up imposing itself as a guarantee of true progress. A slogan shared by the transhumanism of our days. But the human being, Sanmartín warns, is not the heir of a cruel anthropology, nor lives isolated in a bubble without influence of the historical environment and social context, nor is it pure passive matter that can be manipulated with the excuse of improvements. Only an adequate education, that takes from science what it has to take, but that starts from the most solid and contrasted anthropological foundations, will be able to point to a future that is equal to the human dignity of the human family and of each person.

*Keywords:* science, technology, technique, genetic engineering, sociobiology, aggression, anthropology, progress, evaluation of science, chance, evolutionism, education, human development.



## §1. LA ACTUALIDAD DE UN ESTILO FILOSÓFICO

Algo más de treinta años después, esta obra del profesor Sanmartín mantiene íntegra su vigencia. No solo por la reiteración con que sigue siendo citada, sino, sobre todo, por la actualidad de su estilo y de su contenido.

¿A qué nos referimos con la expresión “su estilo”? ¿Puede la filosofía tener un estilo? En nuestros días se trata de una pregunta que se responde fácilmente. En la medida en que la filosofía no se conciba como una disciplina meramente académica y curricular, es ineludible reconocer distintos modos de practicarla. Y ya en 1987, José Sanmartín intuyó con claridad que la filosofía debía ser escrita de una manera accesible, sin perder un ápice de su rigor. Y *Los nuevos redentores* cumple a la perfección con ambas exigencias. Una primera aproximación a esta nos lo confirma: ciento cuarenta páginas de cuerpo de texto, y otras cincuenta y cuatro dedicadas a notas. Un lector no especializado puede llegar a una lectura solvente centrándose tan solo en las primeras. El iniciado en filosofía –más si es filosofía de la ciencia– devorará la obra en toda su extensión.

*Los nuevos redentores* lleva un subtítulo que comienza con el sustantivo *reflexiones*. Una lectura atenta de este admite perfectamente un trueque y hablar de “conversaciones” sobre ingeniería genética, lo que permite subrayar el estilo con el que está escrita la obra. Una conversación amena entre su autor y diversos contertulios potenciales, entre los que se incluyen no solo posibles colegas o estudiantes, sino también comunicadores, periodistas, creadores de opinión o público en general.

Sanmartín desarrolla así un método expositivo acorde con lo que pretende. La ciencia, perfectamente reconocible por sus logros tecnológicos, debe ser precavida en cuanto a sus modos de exposición. La gratitud ciudadana ante los beneficios del avance científico no debe ser utilizada como patente de corso para creerse con derecho a presentarse como un lenguaje hegemónico, inmune a la crítica, que ejerce la coerción hacia el acatamiento incondicional de sus máximas. Nada menos científico que regirse por el castizo “dijolo la ciencia, punto redondo”. El catedrático de lógica y filosofía de la ciencia insiste una y otra vez en que criticar estas ínfulas de ciertos cultivadores de la ciencia no es ir contra la ciencia. Al contrario, supone la más alta confianza



en ella y en la ineludible tarea de diferenciarla de sus sucedáneos o falsificaciones. Solo así se podrá ejercer un auténtico control social.

Las reacciones de los científicos ante el control social de su actividad son, casi sin excepción, adversas, y se suelen expresar de un modo altivo, beligerante. Lejos de considerar un deber cívico el dar cuenta de sus logros, pretensiones y realizaciones, el cultivador de la actividad científica suele considerar que su actividad es buena *per se*, y que es siempre un error ponerle condiciones. Limitar la ciencia es sinónimo de frenar el progreso. Sanmartín muestra la falsedad de este aserto. Lo argumenta profusamente. El científico debe dar explicaciones sobre lo que pretende porque, como señala el autor y más adelante volveremos sobre ello, no todas sus teorizaciones se encuentran en el mismo plano:

... hay tres grandes categorías de teorizaciones. A la primera pertenecen aquellas teorías que tratan de explicar tradiciones operativas, usos técnicos previos. He llamado “tecnologías” al conjunto constituido por esas teorizaciones-de-técnicas. A la segunda categoría pertenecen aquellas teorías que, montándose sobre técnicas concretas, ofrecen extraordinarias perspectivas de futuro para su aplicación. Estas teorías buscan, a su vez, el amparo de teorizaciones de la tercera categoría, a saber: los grandes programas de investigación, ampliamente compartidos (p. 143).

Este potente esquema de análisis recorre toda su obra. En el terreno de una tecnología concreta es admisible un lenguaje cerrado que se justifica por sus resultados. Solo quien obtenga mejores resultados estará en condiciones de desbancarla. Pero a partir de aquí, el lenguaje científico gana en abstracción y, en consecuencia, en permeabilidad para ser discutido. Las teorizaciones-de-técnicas no son una traducción perfecta de los usos técnicos previos. Pueden ser una explicación mejor o peor. Pueden y deben ser evaluadas.

Con mayor fuerza, si cabe, deben ser discutidas las teorías que ofrecen perspectivas de futuro para su aplicación. Si entre la tecnología y su explicación no hay una traducción perfecta, más terreno para la *imaginación* se deja abierto cuando se hacen predicciones de futuro. Aquí Sanmartín hará con frecuencia un inciso honrado y libre: máxime cuanto estas predicciones están movidas por un afán crematístico o de negocio, hecho cada vez más innegable



cuando se constata que la mayor preocupación de la investigación científica en infinidad de casos estriba en conseguir financiación, proceda esta de fondos públicos o privados. De ahí que los grandes programas de investigación se compartan ampliamente no por razones estrictamente científicas, sino por argumentaciones pragmáticas o de mercadotecnia estratégica.

Sanmartín pone el dedo en la llaga cuando señala esto, que es tanto como indicar que ningún proyecto científico puede quedar al margen del control social, y en consecuencia invertir la tendencia del científico a ser elitista para que sea democrático, solidario, participativo...

Pero no podrá haber un verdadero control social si no se da una discusión filosófica sobre la ciencia. Treinta años después de *Los nuevos redentores* algo de estos postulados ya ha llegado a hacerse vigente cuando se ha instalado una cultura de la evaluación y de la calidad que obliga a las instituciones universitarias y científicas a dar cuenta de su actividad. Sin embargo, esto va creando nuevos cuerpos de especialistas en evaluación y calidad, cuyos trabajos más parecen respuestas a encargos oficiales que oportunidades para que la sociedad pueda ejercer un pertinente control.

Sanmartín ofrece una respuesta sólida sobre el modo de ejercerlo: propone el servicio de la filosofía para realizar una conversación adecuada sobre la ciencia, una reflexión pertinente que permita orientar el ejercicio de esta, esto es, de los recursos que se dedican a esta hacia un verdadero desarrollo humano integral.

Se puede pensar que *Los nuevos redentores* cumple los requisitos de una tarea de divulgación científica responsable, es decir, no una información propagandística sobre “los adelantos científicos” o “el mundo feliz que nos prometen”, sino un acompañamiento reflexivo sobre estos logros, que permita reflexionar sobre sus pros y sus contras, que permita agradecer el progreso, pero también reconocer los errores e imprudencias que en su nombre se han cometido. La denuncia de quienes se presentan como *nuevos redentores* es a la vez una reivindicación del papel de la filosofía y su misión de salvaguarda del bien humano. La cita del químico austríaco y judío, Erwin Chargaff, con la que encabeza la obra apunta bien a las claras hacia los riesgos de un conocimiento al margen de la ética, pues siempre crea víctimas, como ocurrió en Hiroshima y Nagasaki.



Sanmartín se propone, por tanto, desde el principio, ese necesario ejercicio de desmitificación de los imaginarios que acompañan a la ciencia y los científicos, tan propio de la filosofía. Urge diferenciar el afán de conocimiento de la naturaleza –noble– con el deseo de emplear esa averiguación para dominarla. Solo así le parece que el imaginario del científico mejorará en la sociedad la, denunciada por Gerald Feinberg, mala prensa (mala televisión) que tienen los científicos.

También desde que en 1979 Mel Gibson protagonizara la aclamada película distópica *Mad Max*, y en su segunda secuela de 1985 –tras *Mad Max 2* en 1981– *Mad Max Beyond Thunderdome* Tina Turner cantase “We don’t need another hero”, la necesidad de devolver la confianza social en la ciencia pareció tornarse acuciante. Con su particular fuerza, Tina Turner cantaba, tras haber rechazado a nuevos héroes:

Looking for something we can rely on  
 There’s got to be something better out there.  
 Mmmm, love and compassion, their day is coming.  
 All else are castles built in the air.  
 And I wonder when we are ever gonna change?<sup>1</sup>

José Sanmartín consolidó con esta obra un itinerario filosófico comprometido con la concepción de la ciencia que no fuera la antagonista sino la leal aliada del advenimiento de ese amor y de esa compasión, con la visión de unos científicos no como “nuevos redentores” que controlan, sino como auténticos sabios que favorecen las prácticas educativas más convenientes. Con eso entramos ya en los contenidos.

## §2. LA ACTUALIDAD DE UN DEBATE SOBRE EL MEJORAMIENTO HUMANO

La actualidad de *Los nuevos redentores* no se limita a la conversación filosófica rigurosa, imprescindible para que las sociedades democráticas puedan

<sup>1</sup> “Buscando algo en lo que podamos confiar / Tiene que haber algo mejor / Mmmm, el amor y la compasión, su día está llegando / Todo lo demás son castillos en el aire / Y me pregunto, ¿cuándo vamos a cambiar?”.



ejercer un adecuado control sobre la ciencia. Todavía resulta más impactante la fuerza profética –si se nos permite la expresión<sup>2</sup>– de los temas tratados, que se concentran en lo que da sentido al título: la advertencia frente a unos científicos, especialmente ingenieros genéticos y sociobiólogos, que se arroguen el papel de nuevos redentores. Añadan o cambien esos nombres por los de *posthumanistas* o *transhumanistas*, o recojan todos ellos dentro de la ambigüedad con la que se presenta el objetivo del *enhancement*, y observarán que lo que ha cambiado ha sido la implementación tecnológica, pero no la intención ni el discurso justificativo (teorizaciones dos y tres, según el esquema ya referido del autor).

Para comprender adecuadamente la pretensión que la obra tiene desde esta perspectiva, conviene releerla desde el final, es decir, desde el apartado que Sanmartín presenta como “Unas pocas palabras a modo de epílogo”. La distopía a la que nos referíamos anteriormente –en palabras de la canción de Tina Turner, “living under the fear, till nothing else remains” (“vivimos con el temor de que no quede nada”)– emplaza a una solución alternativa: o las mujeres y los hombres están mal configurados, irremediabilmente presos de la agresividad, la violencia, el afán destructivo... y necesitan una solución tecnológica que lo cambie, o el ser humano, las mujeres y los hombres tienen biológicamente unas tendencias de este tipo, pero pueden superarlas, encauzarlas... a través de la educación.

La obra de José Sanmartín es una sólida argumentación, una propuesta bien fundada sobre la segunda de las posibilidades, pero desarrollada desde las aportaciones de la propia ciencia. De una manera más amplia, la agresividad se puede superar si el contexto cultural ha aprendido a inhibirla. El catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia pone el ejemplo de los habitantes del Kalahari. Resulta muy revelador de su modo de proceder esta sensibilidad para aprender de una cultura presuntamente primitiva, de las que despectivamente decimos que se encuentran en la época de las “cavernas”:

No es, como algunos han sustentado, que esos pueblos no tengan *por naturaleza* ni pizca de agresividad. La tienen. Ellos, como nosotros, son

<sup>2</sup> Con sencillez, José Sanmartín se ha referido a veces a esta pretensión como “filosofía impertinente”. J. Sanmartín (2014). “Ensayo de filosofía impertinente”. *SCIO* (10), pp. 145-166.



seres humanos con base biológica para un comportamiento agresivo. Lo que sucede es que, a diferencia nuestra (me refiero a los occidentales en concreto), se dedican a cultivar las relaciones personales y no la posesión de cosas. Se dedican a vivir según unas pautas presididas ante todo por el ideal de la paz y, de acuerdo con ellas, se educan niños y adultos. Porque la labor de inhibir un rasgo comportamental ha de ser continua. Pero ciertamente *se puede* (p. 143).

La ciencia es una expresión excelente de nuestra cultura. Sus logros tecnológicos se pueden constatar como hechos, y los avances en el campo de la medicina, las comunicaciones, los transportes o el almacenamiento de información son tan objetivos como poco discutibles. Las observaciones de José Sanmartín no apuntan a ellos. *Contra factum, non valet argumentum*. Sus críticas a la ciencia no caminan por esa dirección, sino por sacar a la luz las pretensiones de las distintas teorizaciones de esta, o por emplear una expresión de Jürgen Habermas, decantar los intereses de conocimiento que la mueven, revisar los imaginarios sociales que se nutren y potencian desde estas.

Los tres capítulos que componen el ensayo realizan esta tarea de desvelamiento de la ciencia como producto cultural, con sus inmensas posibilidades, pero también con sus riesgos y amenazas. Se nos presenta como una especie de “auditoría filosófica” a la ciencia, y también, una “auditoría ética”, en la que el señalamiento de sus fortalezas y debilidades solo tiene una misión inequívoca: mejorar la actividad científica, liberarla de los lastres que la deforman.

Ya desde ahora hay que advertir que la escritura de José Sanmartín recoge con tensión de no perder actualidad los logros fundamentales de la producción científica del momento. Algunos se mantienen plenamente vigentes, otros han empaldecido en su pretensión. Lo que mantiene plena vigencia es el juicio filosófico o moral sobre estos como expresivos de una clase o de un tipo de argumentos que, con las debidas modificaciones técnicas o instrumentales, siguen manteniendo una misma unidad de propósito.

El capítulo primero, “La verdad habla por sus bocas”, pone de relieve el exceso en el que se incurre “cuando las crónicas comunes de la ciencia acostumbra a pintarnos la *aventura científica* como una larga marcha en busca de la verdad... contra los zarzales de la superstición y las sofisterías”. Sanmartín





no ha dudado en su obra posterior en seguir denunciando otros excesos<sup>3</sup> que se cometen cuando la razón se excede de sus propias limitaciones. Pero en esta obra temprana, el catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia sitúa su objetivo sobre las maniobras abusivas de la utilización del método científico, hasta el punto de identificarlo, *tout court*, con el saber. Sanmartín lo denuncia con claridad, no exenta de humor:

Lo más frecuente es la figura del científico que sigue actuando como si usase un método que garantizase para su conocimiento *el sello de la verdad, de lo demostrado*, en suma. Ese método, que se sepa, no existe. Las comunidades de científicos, empero, funcionan como si lo hubiese. Y cuando se les recuerda tal cosa desde la filosofía suelen limitarse a fruncir el ceño (pp. 21-22).

Y si hacen algo más, es encontrar argumentos elitistas, que legitimen que solo ellos pueden hablar de ciencia, y que el lego —el pueblo— nada tiene que decir. Las posibilidades de control ético sobre la ciencia parecerían esfumarse entonces. Por ello, en la segunda parte de este primer capítulo, titulada “Sobre el dominio de la naturaleza”, Sanmartín dibuja los distintos estratos de teorizaciones de la ciencia, que funcionan a modo de una cadena de delegaciones de autoridad cognoscitiva. Se pretende que los éxitos tecnológicos de la ciencia hagan buenas todas las explicaciones que los científicos elaboran sobre ellas. Pero se trata de un modo de presentar la ciencia que deforma su realidad porque lo que busca preferentemente es desarrollar su afán de dominio sobre la naturaleza.

Es lo que desarrolla en el capítulo segundo, ilustrando esas hipótesis. El título de este: “Ingeniería genética. ¿Servicio o negocio?”. En aquellos años, con inusitada capacidad de coerción, la ingeniería genética estaba llamada a ser la panacea de todos nuestros males. En 2018 ya tenemos suficientes datos que nos permiten diferenciar en ella entre el trigo y la cizaña. Pero anticiparlo en 1987 fue un simpar ejercicio de visión racional. Desde el propio lenguaje

<sup>3</sup> J. Sanmartín Esplugues (2013). *El exceso de excluir la razón. Reflexiones para una historia de la Filosofía de la Ciencia*. México: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.



de la ciencia, Sanmartín fue desgranando que no era oro todo lo que relucía, y que la pretendida revolución industrial que muchos habían diagnosticado a partir de ella en los años setenta no era más que una resurrección de la “Estirpe de Quimera”, como provocativamente rotulaba la primera parte de este capítulo, a la que seguía “El posible zarpazo de Quimera”.

A las claras, los logros científicos de primera magnitud que se descubrían con la ingeniería genética (actividad cognitiva) se empañaban de inmediato con su presentación como una nueva revolución industrial (actividad industrial fructífera), un salto de la ciencia al negocio. La ciencia necesitaba de recursos y, por tanto, de mercadotecnia (márketing). Pero esta misma actividad de propaganda sedujo hasta el punto de realizar promesas imposibles, de presentarse como lo que situaba de nuevo a la humanidad “A las puertas del Edén” –título de la tercera parte del segundo capítulo–.

Si a un lado de la balanza se ponían los problemas del hambre o la escasez de petróleo, y al otro con la ingeniería genética se presentaba la solución a estos, solo un necio podía quedar indiferente. Desafortunadamente, las cosas no eran –ni son– tan sencillas y la claridad conceptual de la presentación de los platillos de la balanza no respondía sino a un afán de negocio que escondía sistemáticamente los riesgos ecológicos –Chernóbil le saltó a la cara– de esas soluciones anunciadas a bombo y platillo.

Expresivamente, el siguiente apartado respondía a que a lo mejor estábamos “A la puerta del Hades”. Para llevar a término sus propuestas, la ingeniería genética tenía que dar por supuestas ciertas imágenes de lo humano que no respondían a la realidad. Especialmente, la visión de las personas como máquinas a merced de los genes. De nuevo con gran fuerza expresiva, Sanmartín denunciaba que “al parecer no estamos aún en la época de la ingeniería genética, sino en todo caso de la ‘carpintería genética’” (p. 74).

Y con análoga fuerza de representación cierra el capítulo aludiendo a “La delicada realidad del Dr. Jekyll”. Propone así un mantenimiento de la excelencia de la empresa científica, como indagación acerca de las causas de los fenómenos dados, pero al mismo tiempo marca la necesidad de “... iniciar la marcha hacia una *nueva ciencia*. Una ciencia entendida como empresa de conocimiento *que no viole la naturaleza, tratando de dominarla y suplirla*. En ello nos va mucho. Nada más y nada menos que seguir existiendo” (p. 80).



En el tercer capítulo, Sanmartín desvela con rabiosa actualidad el aliado más perverso que puede tener la pretensión de hegemonía absoluta por parte del pensamiento científico sobre otros modos de conocimiento. El imaginario sociocientífico que expone este capítulo rotulado como “Ya lo dijo Darwin” es el de humanidad depresiva con respecto a sus propias energías morales, completamente entregada a una tecnología que cambie a los seres humanos, que estirpe de la raíz el germen más nocivo de su conducta, la irrefrenable agresividad. La ciencia aparecería, así, como ese nuevo héroe que todos necesitamos.

Como ya hemos apuntado, Sanmartín detecta que el primer grave error de este planteamiento es suscribir acríticamente una antropología del hombre-máquina, absolutamente determinado por sus genes. Comprende que se trata de una visión que puede compensar el exceso de espiritualismo con el que a veces la filosofía moderna ha detectado lo específico humano contraponiendo *res cogitans* y *res extensa*, hombre *fenomémico* y hombre *nouménico*, o más recientemente, lenguaje y cerebro, esencia y existencia, naturaleza y libertad... Todos esos dualismos han negado lo que la ciencia no ha dejado de mostrar como una evidencia: los fundamentos biológicos de la personalidad. Hoy en día el éxito de las neurociencias, neuroéticas... pone en valor lo que Sanmartín ya señalaba en 1987. Fundamentos biológicos, sí, pero sin caer nunca en un biologismo simplón que omita la complejidad cultural del ser humano.

Para ello era necesario desmontar otro prejuicio, el de la “antropología tremebunda”, tal y como expone en el siguiente apartado, “El arma hizo al hombre”. Una antropología física excesivamente presuntuosa en su interpretación de restos fósiles había vertido sobre nuestro ancestro australopithecino todo tipo de aserciones sobre la funesta inclinación a la violencia que nos inducen nuestros genes. Entre los muchos pasajes deliciosos de este ensayo se encuentra la revisión completa que fue necesario hacer con respecto a la cueva de Makapangast. Donde se detectaban por doquier signos de la crueldad humana, en realidad se estaba ante huesos deformados por los deslizamientos de estratos de tierra en la cueva. Pero no basta esta corrección antropológica para acabar con la imagen tremebunda del ser humano.



En efecto, en el tercer apartado, Sanmartín trata de una rectificación más seria: la que hace del grupo la unidad de selección de genes y encuentra así la explicación completa de nuestra conducta, que hace de la vivencia moral de las personas un completo espejismo. Por eso, el apartado se titula “Es antes el huevo que la gallina”. La compañera de viaje de la ingeniería genética para la redención de los males de la humanidad se conoce ahora como “sociobiología”. A ella le correspondería detectar el sentido social que ha tenido toda la evolución humana. Y donde nosotros tendemos a hacer juicios históricos negativos –por ejemplo, por la subordinación histórica de la mujer– la nueva ciencia hegemónica nos haría creer en su necesidad para el desarrollo de la humanidad. Lógicamente, semejante atropello intelectual no es una crítica *in toto* a esta disciplina. Pero sí muestra, como en el caso de la ingeniería genética, los riesgos ineludibles de una propuesta absoluta de esta.

En el último apartado de este tercer capítulo, “El rompecabezas corporal”, Sanmartín reivindica la necesidad de una profundización en el conocimiento, para no dejar que campen por sus fueros las versiones simplistas del biologicismo y del ambientalismo. “Ni estamos completamente programados a nivel genético, ni las mentes humanas son *tabulae rasae, pizarras en blanco* que vamos llenando conforme aprendemos” (p. 135). Particularmente nocivo sería asumir que la ética es solo un espejismo de unos comportamientos genéticos que siempre se guían por argumentos de conveniencia, y que el sacrificio aparentemente no es más que el resultado de un cálculo de intereses latente. Desde una sociobiología coherente, solo tendría una triste explicación: que se ha ejercido una presión evolutiva en contra de quienes quieren escapar a sus inclinaciones egoístas. Detecta así lo que sería el más poderoso de los totalitarismos: aquel que busca anular la libertad de las personas concretas para dejarla en manos de una élite tecnocientífica que todo lo decide.

### §3. REFLEXIONES CONCLUSIVAS

*Los nuevos redentores* está de rabiosa actualidad porque esos personajes anunciados, lejos de desaparecer de nuestro horizonte, han vuelto con más fuerza que nunca. No es difícil identificarlos con los que defienden acríti-



camente, de modo absoluto y huyendo de cualquier tipo de límites, el mejoramiento humano, el *enhancement*, y atacan con inusitada agresividad a quienes hacen objeciones a su propuesta global con argumentos morales. Son los defensores de un *trans humanismo*, o, por matizar, de un transhumanismo fundamentalista.

La estrategia sigue siendo la misma. La humanidad tiene graves problemas –especialmente los trastornos corporales y las enfermedades– y el transhumanismo constituye su remedio científico. Hay que reconocer que el envite ha subido de nivel, y ahora se apunta nada más y nada menos que al incabamiento de la vida presente –lo que ellos prometen como inmortalidad–. Algunas películas de ciencia ficción de los años setenta ya anticiparon una cierta imagen de esos posthumanos: cerebros conectados a un ordenador que jugaban a apostar ganar o perder “latidos”, única diversión posible.

Lo que parece un chiste es hoy una amenaza seria. Su trampa es dejar en las tinieblas de la acientificidad a quienes osan oponerse a ella. *Los nuevos redentores* nos hace memoria de esa necesaria ciencia nueva que no violenta la naturaleza humana, para que nos hagamos más humanos a través de las prácticas educativas más convenientes. ¿Podrían reducir los cerebros de la película al placer de un latido lo que se escucha cuando se leen los *diálogos de Platón*, el Sermón de la Montaña, *El Quijote*, *Crimen y Castigo* o *Dublinenses*? ¿O cuando se sintoniza en la pantalla con Chaplin, Laurel y Hardy, las *screwball comedy* o el cine de John Ford o Frank Capra, de Mitchell Leisen o Buñuel, de Wim Wenders o de los hermanos Dardenne? ¿Sabe una máquina lo que contiene el corazón humano?

